

QUINTO



Leche condensada

CON esto del alza de los precios, la subversión va a resultar imposible. Aun con la gasolina más barata, un cóctel Molotov se pone tranquilamente en unas 18,50 de costo, y se consume en un momento con pocas garantías al arder; 18,50 por ahora, porque puede que suba más el cristal de las botellas por aquello de prohibir los envases cancerígenos de plástico. Entonces, para incendiar habrá que recurrir a la leña del brasero. Los ultras llevan ventaja: por combustible usan libros ajenos, como antes usaron herejes, que les salían gratis por docenas. Así ya se puede.

CUANDO don Emilio Romero dice que estamos en la «galaxia de la libertad» quiere decir que andamos por el borde de la celeste ensaimada, a miles de años-luz, o poco menos. Somos el pobre haciendo cola en el umbral del rico, esperando a que algún sábado nos sienten a su mesa para que la marquesa gane su indulgencia plenaria gracias al bocadito que nos echa. Por ahí anda nuestra libertad, que libertinaje sería comer jamón sin mendigarlo. Y tendre-

mos, encima, que guardar buenos modales, y no eructar, y mantener el gesto aburrido de quien desayuna obisillos de faisán todos los días, y ser corteses y decir gracias para que nos inviten otra vez en otro sábado. Claro que la libertad y otras palabras subversivas dentro de un orden son las que valen, las nuestras, que hasta podemos los hombres hacer pis en los retretes de señoras. Por eso Europa nos envidia.

En todo caso, estamos en la galaxia de lo pintoresco.

TENIA uno la pretensión de escribir un articulete corto; pero me viene a la cabeza —¿por qué será?— la palabra «asociacionis...», nada que no puedo. Palabras así de largas deberían pagar sobretasa en los telegramas y una prima de esmero por exceso de trabajo. Y encima, en vez de decir sólo «sí, sí» y «no, no», como nos manda el Evangelio (que al «sí» lo llaman «unanimitad» en las Cortes: otra palabra larga), pasan los años y seguimos diciendo «ojalá». Asociacio... nada. Otro día. ■ AZPURI.

LA PUNTUALIDAD

UN diplomático español recién llegado a Estocolmo tuvo la ocurrencia de dar un cocktail e invitó a veinte suecos, poniendo en las invitaciones que la cosa empezaba a las seis y media. A las seis y media exactamente sonó el timbre y mi amigo se vio ante sus veinte suecos, todos juntos, y, jura él, hasta por orden alfabético. Esto es puntualidad y lo demás son tonterías.

La puntualidad se inventó cuando se inventó el tiempo, es decir, cuando se inventó el reloj, o mejor, cuando se reinventó, porque Dante lo conocía, pero sus nietos no. El reloj introdujo en el vivir humano la idea de los minutos y los segundos; si el lector lee una novela histórica antigua o medieval donde un personaje diga: «Voy dentro de cinco minutos», ya puede venderla como papel viejo, porque el autor no tiene idea de lo que está diciendo.

Este concepto moderno del tiempo todavía no ha entrado en gran parte de la cuenca mediterránea y parte de la Atlántica sur. Dar un cocktail en Marruecos, quedar con un ministro en Portugal o pretender comer con alguien de Toledo para abajo es correr el riesgo de perder una o dos horas de vida entre reconcomios e irritaciones infructuosas, y tener luego que sufrir que el retardario llegue tan tranquilo y se siente, no por la pura cara dura de que le dé igual el plantón que le ha dado a uno, sino, mejor aún, por pura inconsciencia de haber dado plantón. «Ah, pero ¿tú fuiste?», le preguntó una vez al que suscribe un sevillano la mar de gracioso con quien uno había quedado a cenar.

Este fenómeno: estar mentalmente fuera del tiempo, es más indicio de subdesarrollo que carecer de industria siderúrgica y su exponente más completo son los negros africanos. Estos viven completamente no anacrónicos, sino a-crónicos, el tiempo no significa nada para ellos. Si uno pregunta qué hora es, pongo por caso, en Nairobi, se expone a que le digan no la hora que es, sino la que el negro preguntado cree que es la que uno querría oír. Derivaciones de esta mentalidad se dan a veces en nuestra península: «La que usted quiera, señor conde», le dijo un donostiarra al conde de Romanones, recién nombrado primer ministro por el rey, cuando el conde le preguntó qué hora era. Pero el colmo de la a-cronía la da, paradójicamente, un restorán londinense donde yo vi en cierta ocasión este letrero: «Se sirven almuerzos desde las once y media hasta mediados de octubre». ■ JESUS PARDO.

Y SI PROBARAMOS
CON 35 MILLONES
DE MINISTROS.

